



la página de SERGIO VODANOVIC

NO recuerdo precedentes. No me parece que exista en la vasta galería de personajes cinematográficos, otro como este viejo furiosamente reaccionario, ahito de rencor antisemita, antimasónico, anticomunista y terriblemente anglófono que, no obstante, despierte tanta simpatía, tanto afecto, tanta adhesión al espectador.

Las más importantes características del personaje mayor de "El Viejo y el Niño" corresponden a aquellas que, tradicionalmente, han sido exhibidas como privativas de los villanos, los antipáticos, en una palabra, "los malos" de la película.

to antisemita, las razones que entrega son tan baladíes que lejos de enfadarnos nos hacen reír. Y es que ese afán por justificar prejuicios es un inútil esfuerzo que todos nosotros hemos hecho respecto a cada uno de nuestros absurdos y, a la vez queridos, prejuicios.

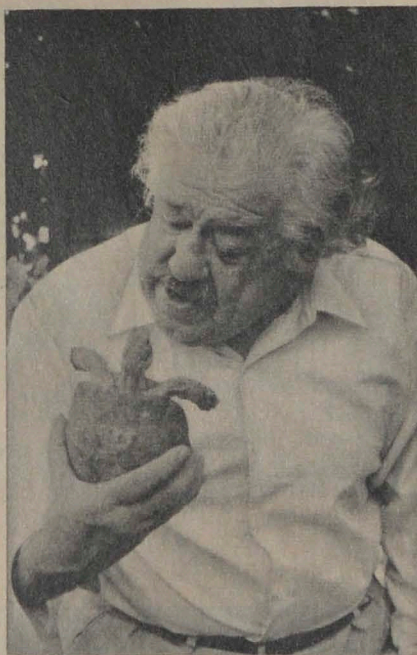
Hace ya tiempo Pascal hizo famoso su aforismo: "El corazón tiene razones que la razón desconoce". Lo que no es otra cosa que una forma poética y elegante de defender a los prejuicios que nacen de una coleccionada, una tincada o como quiera que se le llame.

fecciones en el niño y confirmara sus enraizados prejuicios.

Así somos. Y, aparentemente, hay un solo remedio. La película también lo muestra. El amor. El mundo de los afectos.

Porque el amor es el principal y más importante de los prejuicios. El no nace del raciocinio ni tiene que ver con la lógica. Amamos o somos amigos de personas que piensan en forma diferente a nosotros, con normas éticas que no son las nuestras. Y, sin embargo, las queremos. Como se revela en aquella anécdota que se atribuye a don Arturo Alessandri Palma en la que se cuenta que, siendo Presidente de la República, uno de sus Ministros le reconvinó porque recibía a algunos amigos cuya reputación no era de las mejores. "¿Y desde cuándo no se puede tener amigos sinvergüenzas?", fue la respuesta al intruso ministro, de don Arturo.

EL VIEJO Y LOS PREJUICIOS



Aquí, sin embargo, las observamos con ternura y hasta con comprensión. Y no se trata que el inmenso talento de esa vaca sagrada del cine francés que es Michel Simon nos haga comulgar con ruedas de carretas. Nada de eso. Por primera vez vemos a un hombre lleno de prejuicios, sin las exageraciones de la caricatura, y en ese hombre nos reconocemos todos.

Porque, la verdad sea dicha, el prejuicio es inherente al hombre. Nada resulta más inhumano que imaginar a un hombre a tal punto racional que careciera de prejuicios, esto es, de juicios que no se encuentran asentados en un raciocinio lógico previo.

Cuando "el viejo" en la película trata de racionalizar su sentimien-

"EL Viejo y el Niño" termina con la separación del viejo granjero colaboracionista y el niño judío, sin que éste le revele a aquél su verdadera identidad racial. ¿Cuál habría sido la reacción del viejo si hubiese sabido que su tierno amigo era judío?

Un "happy ending", a lo Hollywood, nos habría llevado, ciertamente, a la escena en que el viejo, avergonzado de sus prejuicios, reconociera su error y, cambiando su vida, se convirtiera de enconado antisemita en un admirador de los judíos.

Pero eso habría sido un "happy ending" falso.

El verdadero sería que el viejo descubriera toda clase de imper-

"EL Viejo y el Niño" es una de esas raras películas que, en su sencillez, nos entregan temas de honda reflexión. Carente de espectacularidad, filmada económicamente, nos muestra un pequeño mundo en que el mundo grande está reflejado tan limpidamente que la propia guerra, que es el telón de fondo de la película, queda reducida a su verdadera dimensión de juego absurdo, carente de sentido.

Y sus dos personajes protagónicos, en su necesidad de afecto y en su entrega recíproca, simbolizan con mayor fuerza que tanto film pretencioso y mensajista, la debilidad de la naturaleza humana y su dramática búsqueda del amor.

Pero es muy posible que, estrenada en pleno verano, "El Viejo y el Niño" sea un film de fugaz tránsito por las carteleras, huérfano del apoyo de la taquilla, carente de atracción popular. En él no hay violencia, no hay un solo muerto a balazos, ninguna estrella de rutilante belleza exhibe su cuerpo y —¡el colmo de lo anticuado!— ninguno de sus protagonistas adolece de una aberración sexual.

Pero para quienes ir al cine, además de una diversión, es una forma de conocer a los demás y de ayudar a la difícil tarea de conocerse a sí mismo, no deben dejar de verla. Tal vez, en alguna ocasión, cuando enfrentados con alguien que nos irrite por sus prejuicios, queramos airadamente contraatacar con nuestros propios prejuicios, recordemos el brillo en los ojos, la bonachona sonrisa de ese viejo campeón de los "antis" y sepamos nosotros, también, sonreír, perdonar y amar.